

América Salazar: Entre la penumbra y la luz

Francisco Martínez Salazar*

“No sé si he hecho poco o mucho en mi vida de escultora; pero como quiera que sea, he puesto en ello toda mi alma...”

América Salazar



América Salazar, símbolo de la escultura ecuatoriana del siglo anterior, nace a mediados de la segunda década del siglo XX en Quito, la ciudad de sus sueños.

Infanta aún, un desventurado accidente doméstico va apagando paulatinamente la visión de los ele-

mentos naturales que le rodean, pero esta desgracia, que anula uno de sus más importantes sentidos, la vista, le va conduciendo poco a poco a transitar senderos internos de una imaginación privilegiada.

Sus manos incontenibles luchaban por abarcar la realidad del

* Embajador del Servicio Exterior Ecuatoriano en Servicio Pasivo.

mundo que sentía a su alrededor y comienza a acariciar objetos y tratar de modelarlos, a veces con miga de pan humedecida y otras con barro proporcionado por sus mayores.

Es en ese período cuando aprende a desarrollar el lenguaje de los objetos a través del tacto. Pocos años después un especialista alemán que pasa por Quito le va devolviendo lentamente la visión perdida, abriéndole las puertas a la luz, pero creando desconcierto en la memoria interna de su mundo imaginario.

Imprescindible aquí transcribir, con sus propias palabras, algo de las impresiones de esta etapa de su niñez en penumbra, cuando en una entrevista con una notable escritora - periodista expresa lo siguiente:

“cuando yo era niña se inicia el dolor de la vida y la tortura de no sentirla a plenitud, pues tan solo percibía sombras. Cuando me leían cuentos infantiles, preguntaba cómo eran sus ilustraciones. Mi amargada niñez ignoraba cómo era eso que me rodeaba, en qué me movía, qué aprisionaba la oscuridad encarceladora de mi espíritu. Al darme cuenta de que vivía, oí decir a los míos: es ciega. Pero mis pupilas, sin luz para los demás, alumbraban un mundo sólo mío; y ¡qué mundo! Supremamente bello, tanto, que cuando el sol desgarró las tinieblas de mis ojos maravillados, hallé que el mundo real era tan pobre... tan pobre... Y los ojos antes apagados en mi rostro alumbraban mis manos poniéndome en ellas inquietudes desconcertantes. Ciega; pero modelaba ya el barro, palpando mi cabeza, mis brazos y mis curvas de niña triste. Y esa tierra - barro, por las lágrimas de mis ojos - noches y besada por los faros de mis manos luminosas, eran figuras a los ojos de los demás”¹.

ban un mundo sólo mío; y ¡qué mundo! Supremamente bello, tanto, que cuando el sol desgarró las tinieblas de mis ojos maravillados, hallé que el mundo real era tan pobre... tan pobre... Y los ojos antes apagados en mi rostro alumbraban mis manos poniéndome en ellas inquietudes desconcertantes. Ciega; pero modelaba ya el barro, palpando mi cabeza, mis brazos y mis curvas de niña triste. Y esa tierra - barro, por las lágrimas de mis ojos - noches y besada por los faros de mis manos luminosas, eran figuras a los ojos de los demás”¹.

Este fortuito y doloroso acontecimiento produce y guía su amor al arte y dentro de él la escultura, a través de la fascinación que le produce la figura, el volumen, así como el desafío del bloque. Más tarde afirmaría que su temperamento artístico sentimental le llevó a cultivar el clasicismo. Siempre sintió predilección por la figura humana, buscando líneas de ritmo y composición creativa. Afirma que en ese entonces llegó a sus manos una biografía de la celebre bailarina clásica Isadora Duncan que le sirvió de inspiración en muchas de sus obras.

1 Remembranza en un discurso pronunciado por Melchor Lasso de la Vega, Ministro de Panamá en España, durante un homenaje a América Salazar en 1936 en representación del Hogar Americano en Madrid.

Ingresa, a muy temprana edad a la Escuela de Bellas Artes de Quito, en donde tiene la oportunidad de asimilar las enseñanzas de eminentes maestros de la época como Camilo Egas, Víctor y Luis Mideros, Pedro León y Roura Oxamero en dibujo, así como del grande y recordado maestro italiano que vivió en Quito, Luigi Cassadío, considerado multifacético de las artes. Es entonces donde Luigi Cassadío, según versión de Hernán Rodríguez Castelo, “reconoció las altas calidades de la alumna y la impulsó decididamente por el camino de la escultura. Pronto gana premios de escultura en cuatro salones Mariano Aguilera consecutivos –figuran en los listados como segundos y terceros, pero los otros premios fueron solo de pintura: en escultura, sus premios fueron, no solo primeros, sino únicos–. Ello le vale una beca otorgada por el Congreso Nacional del Ecuador para ir a perfeccionar su arte en España”.

“Ya en este primer período quiteño, se decide por una escultura figurativa, con especial predilección por el desnudo femenino y con rasgos estilísticos neoclásicos, aunque algunos de sus más bellos desnudos tienen morfología mestiza”.

“Cuida especialmente la perfección anatómica, en lo cual estaba influida por Luis Mideros. Y varias piezas anuncian ya lo que sería una constante de su expresión: cierto júbilo de sus criaturas. En *La mater-*

nidad la madre, desnuda, con los hermosos senos airoso y la cabeza echada hacia atrás, sostiene al hijo a caballo sobre su cuello, y los dos gozan del juego”².

Llega a España llena de sueños y con el firme propósito de acrecentar sus estudios de arte pero no logra matricularse en la Academia de San Fernando puesto que se habían iniciado los cursos. Llevaba, en todo caso, una importante recomendación para el profesor Mariano Benlliure, famoso escultor de la época para que le ayude en sus propósitos.

Varios días debió esperar para ser recibida por el Gran Maestro quien prefirió a cualquier tipo de antecedentes o recomendación la elaboración de un pequeño boceto que pidió le sea presentado en el menor tiempo posible.

En ese tiempo España atravesaba difíciles momentos y se debatía en los fragores de la lucha entre el bando republicano y el bando nacional integrado por representantes del alto mando militar y monárquicos alfonsinos, lucha que desembocaría en un futuro cercano en la guerra civil española que ensangrentó por varios años la península.

La tensión de esos momentos, que se reflejaba en los rostros angustiados de civiles y militares que circulaban las calles madrileñas, le dio el tema para el boceto solicitado y febrilmente elabora la cabeza de un soldado con el casco roto que



parecía lanzar un grito de angustia y determinación.

Más tarde al referir el hecho, América Salazar explicaría que para ser escultora había realizado importantes estudios de anatomía que los aplicó en la pequeña obra. Las venas daban la impresión de que querían reventarse y los ojos se mostraban desorbitados. El boceto fue presentado al maestro Benlliure y bastó su observación y estudio para desarrollar un efectivo apoyo a la artista ecuatoriana.

Días después gestionó y respaldó su solicitud de ingreso a la Casa de Velásquez, uno de los mayores centros de arte en España, consiguiendo el único cupo que había para artistas españoles. Luego el Maestro Benlliure solicitó que repitiera el boceto en tamaño natural al que lo tituló *El grito de Guerra*.

Años después al comentar este hecho América Salazar expresaría que para ella constituyó no el grito de guerra sino más bien su grito de triunfo.

Cabe destacar que la Casa de Velásquez, institución francesa asentada en Madrid desde 1928, estaba destinada a formar artistas franceses y españoles, y recibía cada año, entre sus educandos, un solo alumno de nacionalidad española. Es así que, durante los ocho primeros años de vida, fueron partícipes de la Casa un mínimo número de pensionados españoles, aunque no se había contemplado ni excluido la presencia de artistas hispanoamericanos.

Fue entonces cuando una escultora pensionada por el Gobierno del Ecuador, América Salazar, solicita ser admitida como pensionada en la Casa de Velásquez ostentando la representación artística de su país, y fortalecida por los elogiosos comentarios del gran maestro Mariano Benlliure.

Es así que el Consejo de Administración de la Casa de Velásquez consiente gustosa en aceptarla, convirtiendo a esta artista ecuatoriana en la primera y única extranjera latinoamericana aceptada como pensionada en esa institución.

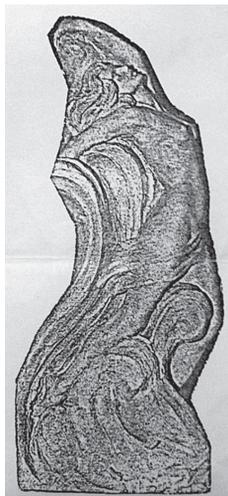
Una publicación del más importante semanario de Madrid, titulado *España y América. Una ecuatoriana en la Casa de Velásquez*, pone de relieve su paso por dicha institución y una parte de esa crónica dice lo siguiente:

“Aunque sea muy joven todavía América Salazar, largo sería recordar la serie de sus triunfos y nombrar sus principales obras. Ha conquistado en su patria los galardones más prestigiosos, y tiene que conquistar otros muchos fuera de su patria, pero en su fuerte originalidad resplandece la originalidad del ambiente donde se ha criado y educado: algo indefinible, sin duda, pero donde entra una ternura infinita, una magnificencia discreta, una luz tanto más suave cuanto más fuerte”.

“En la Casa de Velásquez, Francia y España unidas celebran tan feliz acierto, y profundamente agradecidas a la nación que les envió aquella insigne artista, tienen la seguridad de devolvérsela, cuando termine su grata estancia en Europa, más grande y más exquisita todavía; y es que por su cultura refinada, por su espiritualidad ardiente, por la amplitud de sus horizontes, América Salazar no deja ni un día de aprender dominando y asimilando lo que aprende, cada vez más humana, más española, y más americana”³.

Ya ingresada en la Casa de Velásquez, y luego de realizar sus primeros estudios y la elaboración de varias cabezas y bustos, se le informa que para aprobar el curso debía presentar una obra. La presencia y majestuosidad del mar siempre le había subyugando y decide desarrollar ese tema en escultura, desafiando las dificultades lógicas para escul-

pir un tema inédito dentro de las tres dimensiones que debía cubrir por tratarse de una escultura. Como su amor en el arte era el cuerpo femenino, crea una delicada y bella mujer que emerge de las aguas rodeada de un pedestal de olas, en el que su cuerpo sigue la línea y el movimiento del oleaje, en una delicada curva que asemeja al ritmo del mar al chocar con la arena. La obra a la cual tituló *Oceanide* despertó la admiración de profesores y alumnos y, con ella, no solo logra revalidar cinco años de estudio en uno solo, sino que al ser expuesta en un concurso europeo es merecedora del premio internacional de escultura en el Gran Salón de Mayo de Madrid, uno de los más importantes eventos artísticos de la época.



Refiriéndose a este premio, América Salazar expresa que las caprichosas formas de las olas, las musas del agua y la cromática maravillosa del mar le dieron el material interno necesario para la creación de ese desnudo, cuyo premio consideró una de las mayores satisfacciones de su carrera artística.

Diversas fueron las experiencias que la artista tuvo que afrontar en España, muchas de ellas gratas por sus actividades y triunfos, pero la más limitante y peligrosa fue la declaración de la Guerra Civil mientras estudiaba en el Palacio de Velásquez, puesto que quizá, por su ubicación, sus alrededores fueron objeto de bombardeos y los ocupantes y pensionistas estaban a merced de frecuentes tiroteos que ponían en inminente peligro sus vidas. América Salazar había entablado importantes amistades en España, entre ellas la Condesa de las Bárcenas y un grupo privilegiado de amigos que se preocuparon e interesaron por su suerte y su seguridad y le impulsan a salir de España rumbo a Francia.

En París vive el encanto de la bella ciudad, visita sus inigualables museos y se empapa de la realidad artística francesa. Sin embargo se encuentra con lo que ella denomina “la Revolución del Cubismo desatada por Picasso, Juan Gris, etc.”, que no llena su espíritu dada su formación académica netamente clásica, y viaja a Italia en donde ingresa a la Academia Real de Roma donde obtiene su

título profesional y el reconocimiento como una notable escultora de renombre internacional. Inolvidables recuerdos alimentan su mente de artista y permanecen vívidos de su estancia en Italia a la que considera el santuario del arte clásico. Allí recoge la inspiración que le brinda su personaje favorito en el arte, Miguel Ángel, y no deja de referir siempre su satisfacción de haber trabajado junto al gran maestro Ángelo Zanelli, al que consideró un artista excepcional que había trabajado con Luigi Casadío, su maestro, en los frontales del Monumento a Víctor Manuel en Roma.

Es aquí cuando retorna al Ecuador y ocupa varias cátedras de arte, siendo designada Profesora de Escultura de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Quito; Profesora de Dibujo e Historia del Arte en el Instituto Nacional de Pedagogía de la Universidad Central; Catedrática de Pintura y Escultura en el Colegio de Artes Plásticas de la Universidad Central; Restauradora del Museo de Arte Colonial e incluso, dada su entrega y amor a la enseñanza de jóvenes, fue profesora de Arte en el Colegio de los Sagrados Corazones de Rumipamba.

Esta etapa de la trayectoria de América Salazar da inicio a la cristalización de otra de sus grandes metas; el deseo-necesidad de entregar algo de lo que ella había recibido, sea de sus estudios y altos conocimientos de Arte en Ecuador y en

Europa, como también de sus investigaciones sobre la cultura y el arte universal, y se vuelca a impartir sus conocimientos y experiencias en exclusivos centros ecuatorianos y extranjeros. Dicta conferencias de arte en varios círculos y medios culturales de los que es miembro, como el Club Femenino de Cultura, el Instituto de Cultura Hispánico de Quito, la Sociedad Bolivariana del Ecuador e inclusive en la Casa de la Cultura Ecuatoriana y en la Unión de Mujeres Americanas Capítulo Ecuador. Viaja a los Estados Unidos para cumplir compromisos de carácter cultural y dicta conferencias de arte ecuatoriano en el Consejo Iberoamericano de Mujeres de Nueva York y en la Columbia University NY, donde inicia la cátedra de arte colonial ecuatoriano para estudiantes de idioma español. En Estados Unidos, entre varias creaciones, erige el busto de la Presidenta de la Unión de Mujeres Americanas, señora Evangelina de Vaughan y el del General Francisco Javier Salazar, monumento que fue llevado al Ecuador, y que está ubicado en la Plaza de la Recoleta, frente al Ministerio de Defensa Nacional.

En el Ecuador, dentro de este período de su vida artística, América Salazar, en una entrevista realizada por Rodrigo Villacís Molina, al ser consultada sobre sus alumnos de la Escuela de Bellas Artes, se refiere, entre muchas otras figuras, a Oswal-

do Guayasamín de quien guarda profundos y gratos recuerdos. “Lo recuerdo –dice– no solo como un buen alumno sino como un estudiante diferente. Tenía una visión nueva de las cosas y una gran seguridad innata en sus manos. Por otra parte se metía en el tema, buscando lo que está más allá de la apariencia exterior”. Relata que una vez “Guayasamín hizo una cabeza teniendo como modelo al portero de la Escuela y no quería contentarse con el parecido físico, que ya lo había logrado con acierto, buscaba tenazmente al ser humano que estaba tras la piel. Guayasamín era un predestinado”... concluye⁴.

Señalaba América Salazar que en vista de la tendencia de Guayasamín de apartarse de la forma, le expuso que apoyaba con entusiasmo su personal visión artística, pero aprovechó la ocasión para darle un consejo en el sentido de que estaba bien que su forma de interpretar el arte le lleve a apartarse un tanto de la forma; pero que, para hacerlo, debía primero dominarla. Notorio es que Guayasamín siguió siempre este consejo.

Poco después contrae matrimonio y comienza una nueva y desconocida etapa a la que dedica varios años. El hogar. Aquí la maternidad antes esbozada en sus sueños y esculturas de niña-mujer se materializa dando inicio a un período de madurez y espera. Por algunos años

4

Palabras Cruzadas, Libro de Rodrigo Villacís Molina, pág. 215.

aparece una escasa producción artística, pero según ella esto da paso a su realización interna como mujer y madre.

Es aquí cuando se encuentra obligada a desechar una nueva oferta de Beca para la Casa de Velásquez de Madrid que tantas satisfacciones para ella y para el Ecuador había producido en 1934, ofrecida en este caso por el Ministro Francés de Instrucción Pública quien, por intermedio de la Embajada del Ecuador en París, expone que “en vista de que la artista América Salazar, que estuvo pensionada por nuestro Gobierno en España, posee excelentes dotes artísticas que deben ser aprovechadas ha solicitado conjuntamente con el Director de la Casa de Velásquez de Madrid, al Gobierno español le conceda una beca, petición a la que dicho Gobierno accedió gustoso”⁵.

Más de cien obras trabajadas en piedra, mármol, yeso y marmolina constituyen el testimonio de su primera etapa de creación. Crónicas periodísticas que aparecen en los principales diarios del país y del extranjero se refieren a su obra artística y destacan que sus trabajos y figuras impregnadas de gran realismo y marcadas por un perfecto dominio de la figura humana tales como *Maternidad*, *Ternura*, *el Grito de Guerra*, *Oceanide*, *Ofrenda Indiana*, *Furia dormida*, *Desesperación*, *Arrobamiento*, *Busto de Eloy*

Alfaro, *del Gral. Francisco Javier Salazar*, *Monumento a Mons. Pedro Pablo Borja*, *Carnaval*, *Fiesta Brava*, *La Patria y la Religión*, *Abandono y Eva*⁶, entre muchas otras más, reposan en calles y avenidas del país, en museos, e instituciones nacionales y extranjeras, así como en colecciones privadas.

A fines de la década de los setenta, fallece su esposo y su único hijo no depende de sus cuidados. Es aquí cuando renace nuevamente la gran pasión de su vida, el arte. Y es aquí, además, que renovada retorna al taller, a los cinceles, al barro, al modelado, es decir a todo lo que ella ama, iniciando una nueva e importante etapa de su vida artística.

Es en esta última etapa cuando se aleja de la tradición que siempre mantuvo en su trabajo plástico –el desnudo artístico– para adentrarse en monumentales obras de carácter religioso. Católica ferviente, admiradora de la vida y trayectoria de Jesús, decide ensalzar el momento que más le cautiva y que siempre elevó su espíritu y sus inquietudes. La resurrección. La pasión y muerte de Jesucristo la conmueven de tal forma que decide crear un Cristo distinto, en el que las huellas de la maldad del ser humano no aparezcan en su cuerpo y que se eleve hacia la eternidad, lleno de amor, pronunciando con su movimiento y la posición de sus manos un llamamiento. Sus pro-

5
6

Cablegrama No 168-61, de 14 de junio de 1941 del Ministro del Ecuador en Francia Manuel Sotomayor y Luna. *Diccionario Biográfico Ecuatoriano* de César A. Alarcón Costa, pág. 144.

pías palabras definen con exactitud su obra. “Quería –dice– un Cristo como yo lo imaginaba en mis largos desvelos; triunfador sobre el dolor y la muerte; no lacerado, no dolorido, no suficiente...”⁷

El Cristo de la Resurrección, más adelante bautizado como el *Cristo del Optimismo*, por sus facciones en las que priman el amor, el perdón y la bondad, fue donado a la parroquia La Dolorosa de Pambachupa en 1978 y se encuentra exhibida en la iglesia de ese nombre. Fue bendecida por el Cardenal Arzobispo de Quito, Monseñor Pablo Muñoz Vega, quien al referirse a la obra expresó que “la fe y el arte han estado siempre unidos en la historia de Quito. Hoy el prodigio se repite y la obra realizada con toda la fuerza del alma por la magnífica artista América Salazar de Martínez ha entrado ya en la Galería de las obras verdaderamente artísticas”. Luego añade: “Este Cristo a diferencia de los muchos existentes en imágenes, que tradicionalmente son el retrato del dolor, la angustia a que fue sometido Nuestro Señor el día de la Pasión, es la transfiguración misma de la Resurrección en que Cristo, una vez dejados todos los vejámenes, humillaciones, maltratos sangrientos, en una entrega hermosa para salvar a la humanidad tiene una expresión de santa alegría, dicha suprema y de infinita bondad. La imagen, de dos

metros y medio, imparte una suave luz, en una aureola de dicha, al haber dejado el medio mundano”.

Al bendecir la obra el Cardenal añade: “Esta bendición la hago en nombre de la Arquidiócesis de Quito y de todos los fieles de esta ciudad y entrego el agradecimiento más profundo a la señora América de Martínez, por haber donado uno de los valores supremos de la fe”. A continuación el cardenal impuso una presea instituida, por primera ocasión, para instituciones y personas que han realizado obras máximas por la fe cristiana, denominada Cruz de la Gratitude.

A los comentarios del Cardenal se unen otros que aparecen en la prensa nacional en varios reportajes realizados en febrero y marzo de 1978, entre los que se destaca uno que dice que a las conocidas representaciones de Jesucristo vejado, encarnado, blasfemado y azotado se contraponen otra visión: “Parece –menciona el diario *El Comercio*– que esta nueva imagen del Señor, con la serenidad de su semblante y esa sonrisa apenas insinuada, nos estuviera ofreciendo mejores días de igualdad para todos sin diferencia de clases ni de razas, sin que haya opresores ni oprimidos, hambreadores ni hambrientos, millonarios ni mendigos. En fin esta es la paz, el pan, la esperanza y la felicidad para los hombres. Y éste debería llamarse El Cristo de América”⁸.

7 65 años de la plástica ecuatoriana. 1917-1982 Salón Exposición Mariano Aguilera, pág. 35.
8 Reproducido del Diario *El Comercio* de 27 de marzo de 1978.

América Salazar, luego de estos triunfos, no deja de producir, esculpe varios bocetos, bustos y cabezas, como una bella imagen de Mariana de Jesús, la Santa de Quito. Al ser requerida para erigir un monumento para ser ubicado en la Nave Central del Panteón de los Presidentes, gran obra arquitectónica construida adjunta a la Basílica del Voto Nacional en Quito, decide modelar un Cristo de más de dos metros –tamaño heroico– como se define en escultura, que emerge triunfante de la muerte, levantado sobre un estrado que semeja una tumba abierta. Igualmente, esta otra obra produce múltiples comentarios por la imponencia de su mensaje, como el de la periodista y escritora Carmen Acevedo Vega que expone en la prensa guayaquileña en agosto de 1986, lo siguiente: “Es una escultura que subyuga. El Cristo, en actitud de elevarse resplandeciente de gloria, de dulzura y de bondad, parece que ascendiera suavemente. El rostro entorna una impresionante y excepcional belleza en la que se advierten tres facetas según se lo mire: por la derecha parece que sonríe con infinita piedad; de frente tiene la expresión de quien ha realizado y cumplido su mesiánico tránsito por la tierra; y por la izquierda son admirables las facciones de acentuado clasicismo. Los brazos, las manos, el cuerpo todo es un conjunto de anatómica perfección, pues está modelando con singular vitalidad y demuestra una tenue movilidad. Pa-

recería un ser vivo elevándose sin el peso fisiológico de la materia, pues la estructuración acusa un profundo sentido plástico del relieve y del escorzo”.

Los comentarios de artistas, personajes de letras, periodistas, y pensadores, sobre la trayectoria de América Salazar y sus obras, no solamente sobre las monumentales concepciones de sus Cristos, develan algo trascendental dentro del arte clásico. La creación. El Clasicismo no implica tan solo la copia de lo que puede verse, sino que va más allá. Existe el lenguaje del ritmo, del movimiento, del equilibrio que refleja estados de serenidad, amor, tristeza, estupor, ansia, júbilo, furia, deseo y todo un universo de sensaciones a través de la perfección de la forma. En todo eso América Salazar basó su tendencia clásica, pero no desconoció jamás la belleza que produce el desplazamiento de la forma hacia la ubicación –a través del arte– de elementos, imágenes y/o figuras que pueden inclusive distorsionarse para ubicar un mensaje interno o una situación específica externa. Ante ello afirmaba con frecuencia que “el artista es el único ser en el mundo que tiene derecho para exagerar”.

Dentro de su especial visión del mundo, en donde el arte, la pasión y su gran sensibilidad interna siempre confluyeron en su fecunda producción escultórica, puede observarse la gran sencillez que animó todos sus actos. Pese a lo sonado de sus triun-

fos en su patria y en el exterior, siempre mantuvo el necesario equilibrio que impidió que el envanecimiento supere su actitud de ser humano. La modestia constituyó otra de sus grandes virtudes.

En una entrevista realizada por el importante periodista Rodrigo Villacís Molina, que entre muchas otras materias incursiona también en el arte, al ser preguntada si era famosa, América Salazar expresó que ello “no le interesa. Yo creo que la fama es una manera de esclavizarse; prefiero quedarme con mis sueños... El artista famoso tiene que responder a las expectativas del público, y eso debe de ser terrible. Yo trabajo a mi gusto”⁹.

Esta actitud de innata sencillez, que siempre le acompañó, le otorga, además, el don de la libertad. El poder producir como ella concibe las cosas en su mundo interno sin tener que vivir esclavizada por criterios positivos o negativos de la crítica. En variadas ocasiones, y dentro de este aspecto, siempre pronunciaba una frase que la consideró determinante: “El triunfo y la fama son buitres que se nutren de carne del corazón”.

Finalmente al transcurrir el último año del siglo XX, luego de una larga enfermedad que minó sus sentidos, se apagó nuevamente su luz interna hacia las tinieblas, en una regresión coincidente con sus años de “niña triste”, como alguna vez

América había calificado su infancia en la penumbra.